La sangre de la vida te está
¡LLAMANDO!
Missionaries of the
Precious Blood
UNITED STATES PROVINCE

INTRODUCCIÓN

Algo que tenemos en común todos los seres humanos es la sangre. El libro del Levítico dice que "la vida de la carne está en la sangre" (Lev. 17:11). Esta es una verdad fundamental que da forma a la espiritualidad de la Preciosa Sangre.

Al reflexionar sobre el don de la vida, los antiguos creían que la sangre portaba la esencia de la vida porque si una persona sangraba en exceso, moría. Consideraban la sangre como un organismo vivo. Por lo tanto, al pensar en cómo comunicarse con el Dador de la vida, recurrían a la sangre de un sacrificio para que hablara en su nombre. La sangre servía de puente entre la tierra y el reino celestial. ¿Qué mejor don dar al Dador de la vida que la vida misma que se encuentra en la sangre?

La Escritura nos dice que la sangre tiene voz tal y como vemos en el libro del Génesis cuando Caín mata a su hermano Abel y Dios le dice, "Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo" (Gen. 4:10). Este acto de violencia niega el amor incondicional de Dios que se nos dio cuando "Creó Dios, pues, al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó" (Gen. 1:27).

Aunque la humanidad no respete el don de la vida en otra persona humana, Dios siempre reconoce lo que creó. Veamos que Dios no sometió a Caín a la pena de muerte por haber matado a su hermano. Al contrario, le puso una señal a Caín para protegerlo, y éste se estableció en otra tierra (Gen. 4:1-15). Dios nunca abandona a nadie porque Dios creó a todos los seres humanos a su imagen divina y les da a todos el don de vida simbolizado en la sangre.

¿Cuán es importante la sangre? En el designio de Dios, la sangre es esencial para la vida y está siempre en misión. En el designio de Dios, la sangre es esencial para la vida y siempre cumple una misión. En una persona promedio, el corazón bombea seis litros de sangre que recorren aproximadamente 19.000 kilómetros diarios por nuestro cuerpo, llevando oxígeno y nutrientes a cada parte del mismo. Cuando circula por los distintos órganos, la sangre elimina impurezas y regula la temperatura corporal. Protege el cuerpo combatiendo infecciones y, mediante la coagulación, permite que las células sanguíneas se aglutinen y se cierren las heridas sangrantes. La sangre está constantemente en acción, dando vida a cada parte del cuerpo, permitiéndole vivir. Sin sangre, no hay vida.

La sangre de Cristo siempre tiene una misión, pues lleva a todas las partes del cuerpo el aliento de vida, mediante la presencia constante del Espíritu Santo. Su sangre nos nutre espiritualmente y sacia nuestra sed. Como precio de nuestra salvación, la sangre de Cristo elimina las impurezas del pecado de nuestras vidas, y nuestras vestiduras son lavadas y blanqueadas en la sangre del Cordero (Apocalipsis 7:14). Respetando la dignidad de todas las personas, la sangre de Cristo nos ayuda a regular nuestras emociones mediante su ejemplo de humildad. La sangre de Cristo nos ofrece protección contra el maligno y guarda nuestros corazones en tiempos de tentación. Siendo uno en la sangre de Cristo, estamos unidos como un solo cuerpo en Cristo; permanecemos unidos en una alianza de amor incondicional y sacrificial. Mediante el llamado de la sangre que fluyó de sus sagradas llagas, la sangre de Jesús nos invita a entrar en sus sagradas llagas, y nos da sanación y esperanza para las heridas de

nuestras vidas y las del prójimo. La sangre de Cristo nos ofrece no solo una vida plena en la tierra, sino también, y más importante aún, vida eterna.

Dado que la sangre tiene voz, podemos hablar espiritualmente del llamado de la sangre como un llamado al amor. Dios es amor. Santo Tomás de Aquino nos ayuda a comprender el amor de Dios de esta manera: «Querer el bien del otro y actuar en consecuencia». El amor es el mensaje que Jesús compartió al proclamar la Buena Nueva del amor de Dios para todas las personas, santos y pecadores por igual. En un acto de amor desinteresado, Jesús entregó su vida libremente; nadie se la arrebató. Y de su costado traspasado brotaron sangre y agua, un torrente de misericordia que habla de sanación, esperanza y vida nueva para toda la humanidad.

Nadie queda afuera del círculo de amor marcado por la sangre de Cristo. "Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo Jesús" (Gal. 3:28). En las aguas del Bautismo, esta verdad se convierte en el fundamento de nuestra llamada a la santidad, a vivir la unidad del amor que se encuentra en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cuando reconocemos que somos preciosos a los ojos de Dios, eso significa, entonces, que todos los demás son preciosos a los ojos de Dios. El Libro de la Sabiduría nos lo recuerda, "Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste. Pero tú eres indulgente con todas las cosas, porque son tuyas, Señor, pues tu aliento incorruptible está en todas ellas" (Sb. 11:24-12:1).

La sabiduría llega cuando aprendemos a ver como Dios ve. Si soy precioso a los ojos de Dios, entonces debo ver a cada ser humano como precioso. Cuando veo tu dignidad como persona humana hecha a imagen y semejanza de Dios, entonces estamos viviendo el sueño de Dios de tener unidad y podemos construir una comunidad de esperanza. Durante la Última Cena, Jesús oró, "que todos sean uno, Padre, como tú y yo somos uno" (Jn. 17:21). Reflexionando sobre esta verdad San Juan concluye diciendo, "Si alguno dice: «Yo amo a Dios», y a la vez odia a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve" (1 Jn. 4:20). Por tanto, si demonizo a una persona o la convierto en "el otro" estoy rechazando la dignidad de esa persona hecha a imagen y semejanza de Dios y niego mi identidad como hijo de Dios.

Trabajando juntos para edificar el cuerpo de Cristo, comprendemos que la obra de Dios es la reconciliación y la nuestra es el perdón. Perdonar es una elección, al igual que amar. La llamada de la sangre de Cristo en la cruz nos dice: "Mas ahora, en Cristo Jesús, ustedes, los que en otro tiempo estaban lejos, han llegado a estar cerca por la sangre de Cristo" (Ef. 2:13) Mediante este acto de amor por el sacrificio, Dios nos confió el ministerio de la reconciliación (2 Cor. 5:18). La sangre de Cristo nos llama a ser torrentes vivos de misericordia, y continuar la misión de Jesús yendo más allá del santuario para llegar a las calles con el mensaje que dice, "Ustedes valen la Preciosa Sangre de Jesús".

Para San Gaspar del Búfalo, fundador de los Misioneros de la Preciosa Sangre, la voz de la sangre de Cristo era demasiado fuerte para ignorarla. La llamada de la sangre le decía a San Gaspar que no hay pecado tan grande que Dios no pueda perdonar. Por esta razón, San Gaspar ayudó a quienes se habían alejado de la Iglesia tras la Revolución Francesa a comprender que, a los ojos de Dios, ellos son preciosos. Haber entendido esta nueva idea transformó su visión del mundo y de las personas que formaban parte de sus vidas. San Gaspar predicaba: «Ya no son extraños ni

forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2:19). Cada uno de nosotros ha sido creado para este tiempo y lugar en la historia con dones y talentos únicos para ayudar a quienes están perdidos o abandonados a escuchar en sus corazones la llamada de la sangre de Jesús que dice: «Te amo, te he llamado por tu nombre, y eres mío». Estas reflexiones sobre los siete derramamientos de la sangre de Cristo son una guía para ayudarnos a escuchar y responder al llamado de la sangre de Jesús. Escucha y medita profundamente en el mensaje que se encuentra en el amor sacrificial de Jesús al derramar su Preciosa Sangre para la salvación del mundo y responde al llamado de la sangre como un cáliz vivo, entregando tu vida en servicio de amor.

LA LLAMADA DE LA SANGRE EN LOS SIETE DERRAMAMIENTOS DE LA SANGRE DE CRISTO

DOMINGO DE RAMOS

1)**La primera llamada de la Sangre, la Circuncisión**
«Vino a los suyos, mas los suyos no la recibieron» (Jn 1:11). El primer derramamiento de sangre es la circuncisión de Jesús al octavo día de su nacimiento, según la Ley de Moisés (Lc 2:21). Al niño se le dio el nombre de Jesús. José y María se aseguraron de que el niño Jesús fuera formado según la tradición judía. En este acto ritual, su sangre brota para proclamar su humanidad y divinidad. «Nacido de la Virgen María, se ha hecho verdaderamente uno de nosotros, semejante a nosotros en todo, excepto en el pecado» (GS 22). Jesús sangra. No es un espíritu con cuerpo. Al ver su sangre, recordamos el Libro de Levítico que dice: «Porque la vida de la carne está en la sangre» (17:11). El Verbo se hizo carne y el cuerpo de Jesús sangra como todos nosotros. Dios sabe lo que significa vivir una vida plenamente humana.

Una vez completado el ritual, el sangrado para gracias a la coagulación de su sangre, que sana la herida y protege su cuerpo. Esta llamada de la sangre prefigura su misión de sanar y proteger. El camino que Jesús recorrió durante su misión en la tierra fue el de invitarnos a una mayor confianza y fe en nuestro Padre celestial. En este acto ritual, Jesús entra en la antigua alianza sellada por Moisés y proclamada por los profetas. Con el tiempo, cumplirá esta alianza con una alianza nueva y eterna sellada con su preciosa sangre.

La llamada de la sangre de Jesús en la circuncisión nos habla de nuestro bautismo, en el cual entramos en una antigua tradición celebrada por una comunidad de creyentes. Como miembros del cuerpo de Cristo y templos del Espíritu Santo, nunca caminamos solos; entramos en una alianza con Dios y entre nosotros. La sangre de Jesús nos llama a una comunidad de amor, al misterio de la vida que compartimos con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

En el bautismo somos consagrados a Dios y nos convertimos en una nueva criatura con la impronta divina del amor, la protección y la vida de Dios. Como Caín, nunca perdemos esa «marca», esa impronta divina que nos reclama para Cristo. A lo largo de nuestra vida, tenemos la misión de convertirnos en lo que recibimos: el cuerpo y la sangre vivos de Cristo. Recuerda tu bautismo y tu

iniciación en la familia de Dios. ¿Vives una alianza fiel de amor con Dios y amas a tu prójimo como a ti mismo?

LUNES SANTO

2) La segunda llamada de la Sangre, la agonía en el huerto

«Y sumido en su agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra» (Lc 22:44). En la agonía del huerto, la sangre de Jesús nos llama a que la intensidad de nuestra oración suba a nuestro Padre, ¡sin guardarse nada, diciendo todo tal cual es! Jesús oró, «Padre, si quieres aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22:42) La dificultad de esta escena nos es familiar, someter nuestra voluntad a la voluntad de Dios. Jesús siempre se mantuvo fiel a la voluntad de su Padre.

La llamada de la sangre nos recuerda que, cuando estamos unidos a Dios, tenemos todo lo necesario para afrontar cualquier desafío. En el huerto, Jesús debió recordar la angustia de la reina Ester al enfrentarse al mal que la acechaba. Ella oró: «Señor y Dios nuestro, tú eres único. Ven en mi ayuda, que estoy sola y no tengo socorro sino en ti, y mi vida está en peligro» (Est 4:14-16). Esta escena nos recuerda que a veces estamos solos en nuestra lucha. Los discípulos fueron a orar con Jesús, pero no se enfrentaban al mismo desafío y se durmieron, incapaces de comprender la oración de Jesús.

Recuerda algún momento en que sentiste angustia, y estabas solo, luchando para entregar tu voluntad a la voluntad de Dios. ¿De qué manera te habló Dios en esos momentos?

MARTES SANTO

3) La tercera llamada de la Sangre: la flagelación en la columna

«Pilato entonces tomó a Jesús y mandó azotarlo» (Jn. 19:1) La llamada de la sangre en la flagelación en la columna es un llamado a la humildad y a la paciencia en medio del sufrimiento. La naturaleza humana tiende a la reacción de lucha o de huida. Jesús muestra un camino diferente: mantenerse firme en la verdad de su identidad, ofreciendo un amor incondicional a quienes lo golpearon y maltrataron. La llamada de la sangre habla del don del sufrimiento redentor. Este sufrimiento forma parte de una imagen mucho más amplia de la historia de la salvación. En la flagelación, Jesús permanece comprometido con su misión, lo cual se refleja en las palabras del profeta Isaías: «Mas fue herido por nuestras faltas, molido por nuestras culpas. Soportó el castigo que nos regenera, y fuimos curados con sus heridas» (Is 53:5).

La llamada de la sangre nos recuerda que la vida no se puede vivir en episodios aislados. Somos peregrinos de viaje. ¿Recuerdan a Job? En su flagelación lo perdió todo. Muchos intentaron explicar por qué sucedió esto. Entonces Job oyó la voz de Dios que le recordaba que Dios es el creador y él no. En respuesta, Job se humilló y dijo: «Desnudo salí del seno materno, y desnudo volveré a él. Yahvé me lo dio y Yahvé me lo quitó ¡Bendito sea el nombre del Señor!» (Job 1:21). Quizás estas palabras estaban en el corazón de Jesús mientras recibía los azotes de los soldados y ofrecía su sufrimiento por las heridas de la humanidad.

La llamada de su sangre chorreando hacia el suelo nos impulsa a abrazar nuestro sufrimiento imitando a Jesús, a reconocer que estamos en un camino de fe mucho más amplio que nos lleva a nuestro hogar celestial. En medio de nuestro sufrimiento, no debemos ceder al ciclo de violencia que nos rodea, sino vivir en la verdad de nuestra dignidad como hijos preciosos de Dios. A veces, Dios parece guardar silencio ante nuestro sufrimiento. Recordemos lo que Blaise Pascal señaló: «El amor tiene razones que la razón no puede comprender». Cuando ofrecemos nuestro sufrimiento por el bien de otro, Dios engendrará una nueva vida.

MIÉRCOLES SANTO

4) La cuarta llamada de la Sangre: la corona de espinas

«Trenzaron una corona de espinas y se la colocaron en la cabeza, y le pusieron en su mano derecha una caña; después, doblando la rodilla delante de él, y le hacía burla diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!» (Mt 27:29). Jesús no solo fue golpeado físicamente, sino también ridiculizado, insultado y escarnecido. Al igual que el emperador Tiberio César llevaba una corona de laurel que simbolizaba el favor divino, la autoridad y la victoria, la cabeza de Jesús fue traspasada por una corona de espinas. El clamor de la sangre que corría por el rostro de Jesús hablaba por sí solo sobre el verdadero poder y valentía. Ser el más grande en el Reino de Dios implica hacerse un servidor que se inclina y lava los pies, que tiende la mano a los intocables, que ve en el rostro de cada persona a un hijo de Dios.

La llamada de la sangre, manifestada en la coronación de espinas, nos habla de la clase de persona de la estirpe de los reyes a la que estamos llamados en el Bautismo al ser ungidos sacerdotes, profetas y reyes. Jesús llevó la corona de espinas con dignidad y valentía, sin avergonzarse de su condición. Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo, ni está aquí» (Jn 18:36). La llamada de la sangre nos recuerda que «nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo» (Fil 3:20).

El coraje/la fortaleza es una virtud cardinal a la que debemos recurrir cuando la sangre nos llama a ser fieles a quienes somos y a quién pertenecemos como hijos de Dios. La palabra coraje proviene de dos palabras latinas: «cor», que significa corazón, y «agere», que significa llevar a cabo una acción. El verdadero coraje no es fuerza muscular, poder ni dominación, sino vivir desde el corazón. Date un tiempo para reflexionar sobre tu identidad como hijo precioso de Dios y permite que esta verdad te dé el coraje para defender la justicia, la paz, la dignidad humana y el cuidado de la creación.

JUEVES SANTO THURSDAY

5) La quinta llamada de la Sagre: el Vía Crucis

"Entonces Pilato se lo entregó para que fuera crucificado. Tomaron, pues, a Jesús, que, cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario (Jn19:16-17). En la llamada de la sangre que brota de Jesús mientras carga con la cruz, vemos la imagen del cordero llevado al matadero. «Fue oprimido y humillado, pero él no abrió la boca» (Is 53: 7).

San Bernardo de Claraval le preguntó una vez a nuestro Señor cuál era su mayor sufrimiento, y él

respondió: «Llevaba sobre mi hombro, mientras cargaba mi cruz en el camino de los dolores, una herida grave, más dolorosa que las demás, que nadie recuerda». Esta herida oculta en el hombro de Jesús nos invita a mirar las heridas ocultas que llevamos en nuestras vidas. ¿Hay alguna herida en tu vida que esté oculta, el peso de una carga que te roba la alegría? Colócala dentro de la herida oculta de Jesús y habla con él sobre el temor que sientes al revelarla. San Gaspar solía hablar de las llagas de Jesús como «una morada de amor», a la que nos invita a entrar para que podamos invocar la sangre de Cristo y transformar estas heridas en heridas sagradas.

La llamada de la sangre durante el *Via Crucis* le proporcionó ayuda a Jesús. Vemos a Simón de Cirene al que se le pide cargar la cruz de Jesús (Mateo 27:32). La llamada de la sangre es un impulso a la solidaridad. Dios nos acompaña en nuestro sufrimiento y atrae a otros a acompañarnos en el camino. Lo vemos bellamente en quienes participan en el programa de los Doce Pasos. La sangre de Jesús llama a otros cuyos corazones se conmueven a la acción, a mostrar misericordia. La virtud de la misericordia no es solo sentir lástima por alguien. La misericordia es permitir que el dolor ajeno nos toque, y este sentimiento de solidaridad nos impulsa a actuar. La tradición habla de otros que acompañaron a Jesús en el camino de la cruz, como las mujeres de Jerusalén, Verónica, que le secó el rostro, y María, su madre, que hizo el camino con su hijo. Estas personas ofrecieron apoyo y una mirada de amor que sostuvo a Jesús hasta el Calvario.

Una y otra vez Jesús les dijo a sus discípulos, y nos lo dice a nosotros: «Carga con tu cruz y sígueme» (Mt 16:24). La llamada de la sangre en el *Via Crucis* es la historia de todo ser humano, la historia que nos lleva a la cruz. Si hubiera habido otro camino, Jesús nos lo habría mostrado. Piensa en algunas de las personas que te han acompañado a cargar tu cruz en la vida. ¿Qué te decía Dios a través de su ayuda?

VIERNES SANTO

6) La sexta llamada: la Crucifixión

«Llegados al lugar llamado Calvario, lo crucificaron allí junto con los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,33-34). San Gaspar nos da este consejo: «Animémonos mutuamente a seguir buscando la perfección y no dejemos de estudiar el gran libro del crucifijo. De ese libro aprendemos la profunda humildad, la paciencia indomable y la caridad dócil y trabajadora, para así atraer almas a su amor». (Carta 1825)

Aunque estuviese clavado en la cruz, la llamada de la sangre de Jesús continúa predicando la Buena Nueva del amor del Padre por nosotros. Él nos perdona a todos los que seguimos ofendiéndolo con nuestro pecado. En los evangelios hay muchos relatos de sanación, misericordia y perdón que Jesús ofrece que anuncian la razón por la que vino entre nosotros: liberar a la humanidad del pecado y la muerte. Desde la cruz, Jesús completa su misión terrenal diciendo: «Todo está consumado». «E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19:30). Escuchemos la sangre de la cruz decir: «Así que la prueba de que nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rm 5:8).

La vida de Jesús no le fue arrebatada; la entregó libremente en un acto de amor incondicional y sacrificial. El Padre escucha la llamada de la sangre y recibe a su Hijo en el seno de la comunidad divina de amor. ¡Este amor sacrificial tiene el poder de dar vida nueva! Nosotros, como creyentes, tenemos el privilegio de conocer el resto de la historia. Los antiguos enemigos del pecado y la muerte no tienen la última palabra. Cristo resucita, es victorioso y comparte con nosotros la promesa de la gloria. ¡La cruz, instrumento de muerte, se convierte en el Árbol de la Vida!

Toma en tus manos el crucifijo durante un tiempo y deja que el libro del crucifijo te hable de cuánto te ama Dios. «¿Acaso olvida una mujer a su niño, sin dolerse del hijo de sus entrañas? Aunque ella lo olvide, yo jamás te olvidaré» (Is 49:15)

SÁBADO SANTO

7) La séptima llamada de la Sangre: la sangre que brota del costado de Cristo.

«Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no lo quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua» (Jn 19:33-34) Este acto pretendía confirmar la muerte de Jesús; sin embargo, la sangre y el agua que brotaron de su costado anunciaban el nacimiento de la Iglesia. Jesús exhaló su último aliento y entregó el Espíritu Santo, lo cual nos conecta con el inicio de la creación, cuando Dios infundió el aliento de vida en la humanidad. La Iglesia nace del costado traspasado de Cristo, así como la mujer fue formada del costado traspasado del hombre. El llamado de la sangre y el agua que brotaron del costado de Cristo nos habla de las aguas del bautismo y de la sangre de Cristo en la Eucaristía.

El torrente de misericordia que brotó del costado de Cristo nos habla del mensaje que Jesús compartió al purificar el templo: «Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré». Quienes vivimos a la luz de la resurrección sabemos que Jesús se refería al templo de su cuerpo. Al ver la sangre y el agua fluyendo como un torrente de misericordia divina, nos viene a la mente la profecía de Ezequiel, quien vio agua brotando del umbral del templo y descendiendo por el lado derecho. Esta agua viva renovó todas las cosas, dando alimento y sanación a todos. Jesús es el cumplimiento de la visión de Ezequiel, pues la sangre y el agua fluyeron como un torrente de misericordia en un acto de amor incondicional.

Jesús dio todo lo que tenia en la cruz, hasta la última gota de su sangre, y porque lo hizo, ahora participamos de la plenitud de su vida. El amor incondicional no guarda reservas, no lleva la cuenta, simplemente da y da y da. Con la herida en su costado sagrado, el Espíritu Santo descendió sobre la tierra, la antigua alianza se renueva, y esta alianza de amor es eterna.

La sangre que brota del costado de Cristo también nos habla de la Última Cena. «Tomó luego una copa y, después de dar las gracias, se la pasó diciendo: “Beban de ella todos, porque esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados”» (Mateo 26:27-28). En esa sagrada cena, Jesús nos da a beber su sangre, algo que estaba prohibido por la tradición judía. La sangre del sacrificio estaba reservada solo Dios. Ahora Jesús nos invita a beber de su sangre para que podamos participar de la vida divina de Dios.

Nosotros, miembros del cuerpo de Cristo, estamos llamados a ser cálices vivos, y derramar nuestra sangre para continuar la misión salvadora de Jesús. Estamos llamados a ser un torrente de misericordia que fluye para responder a las necesidades de nuestros hermanos y hermanas perdidos, heridos, abandonados u olvidados. Al realizar nuestro trabajo interior de pedir a la sangre de Jesús que sane las heridas de nuestra vida, descubrimos que nuestras heridas no tienen por qué paralizarnos ni destruirnos. En cambio, podemos aprender de ellas, encontrar sanación en las heridas de Jesús y luego usarlas como heridas sagradas para llevar sanación a la vida de otras personas mientras caminamos con ellas en su camino a Emaús.

¿De qué manera estás llamado a ser un torrente de Misericordia, y llevar ivda y esperanza al mundo?

Pensamientos finales

San Gaspar creía que la espiritualidad de la Preciosa Sangre es fundamental para todas las demás espiritualidades, porque la sangre de Cristo es el don supremo del amor. En la sangre de Cristo encontramos sanación, misericordia, caridad, gratitud, sencillez, esperanza, verdad, humildad, paz, amor de alianza, alegría, misión, salvación, valentía, protección, consuelo… ¡encontramos la vida! El amor es la clave de la vida. Como nos recuerda el poeta Robert Browning: «Si quitamos el amor, nuestra tierra es una tumba».

Thomas Groome, un autor espiritual, describe la espiritualidad como la fe elevada a estilo de vida. La espiritualidad nos ayuda a vivir de tal manera que nuestra vida de fe se integre con nuestro día a día. El ciclo de la vida, presente en los siete derramamientos de la sangre de Cristo, nos llama a la plenitud de la vida humana, a ser verdaderamente la persona que Dios nos creó para ser a su imagen divina. Nuestra fe en el don de la sangre de Cristo moldea nuestra vida y determina nuestra participación en la vocación bautismal a la santidad, a vivir como Jesús nos enseñó.

En Evangelii Nuntiandi, (Proclamar el Evangelio) leemos, «Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa» (No.14, San Pablo VI).

En Evangelium Vite (El Evangelio de la vida) leemos, “La sangre de Cristo manifiesta al hombre que su grandeza, y por tanto su vocación, consiste en el don sincere de sí mismo. Precisamente porque se derrama como don de vida, la sangre de Cristo ya no es signo de muerte, de separación definitiva de los hermanos, sino instrumento de una comunión que es riqueza de vida para todos. Quien bebe esta sangre en el sacramento de la Eucaristía y permanece en Jesús (Jn 6:56) queda comprometido en su mismo dinamismo de amor y de entrega de la vida, para llevar a plenitud la vocación originaria al amor, propia de todo hombre (Jn 1:27; 2: 18-24) (No. 25, San Juan Pablo II)

«Es en la sangre de Cristo donde todos los hombres encuentran la fuerza para comprometerse en favor de la vida. Esta sangre es justamente el motivo más grande de esperanza, más aún, es el fundamento de la absoluta certeza de que según el designio divino la vida vencerá» (No. 25)

Cuando reconocemos nuestra humanidad común como personas que compartimos la sangre de la vida, podemos comenzar a derribar los muros de enemistad que nos separan y emprender el camino de la reconciliación que Dios nos ha dado. La llamada de la sangre nos guía a la vida. ¿De qué maneras te llama la sangre de Cristo?

Los pasajes de la Escrituras han sido tomados de la Biblia de Jerusalén. Nueva edición. (Desclée de Brower)